

LOS ARTICULOS DEL MES

. PARADOJAS EUROPEAS
CLAUDE LEVANT.

. BANCA: "LA INDUSTRIA SIDERURGICA DE LOS
AÑOS 90"
CRAIG FORMAN.

Paradojas europeas

Con este título publica "Le Monde" del día 4 de Abril el siguiente artículo de Claude Levant.

Europa se acerca; Europa está ahí. La vida económica lo está acusando ya: el alza de los precios en Alemania en Enero, que se explica por la elevación de los tipos del IVA, es tal vez el primero de una serie de fenómenos macroeconómicos que se producirán como consecuencia de las medidas de armonización necesarias para la construcción europea. Las evoluciones de los precios, sí, y también los movimientos de capitales, y los ingresos fiscales, se verán pronto afectados por este proceso, en una medida difícilmente previsible.

Medidas de uno u otro orden son adoptadas todos los días, y no pasa semana sin que se anuncien nuevos objetivos progresivamente ambiciosos. Todavía no se han adoptado todas las decisiones que han de permitir el establecimiento del "gran mercado interior" y ya se habla de la unión monetaria, aunque sólo sea para decir que no puede ser inmediata. Las disputas dogmáticas sobre la oportunidad, y después sobre la manera, de construir Europa han sido substituidas por una actitud voluntarista y pragmática.

Se avanza porque se quiere avanzar, resolviendo los problemas uno tras otro. Ya se sabe que hacer Europa no consiste en alcanzar una armonía predeterminada. Es, en primer término, cooperar en la solución de los conflictos de intereses, en la elaboración conjunta de las políticas monetarias y fiscales teniendo en cuenta las necesidades de expansión de toda la zona.

Se progresa cada día, aunque la meta quede todavía lejana y aunque la cooperación se parezca todavía demasiado a una adhesión a la política alemana por parte de los países más débiles. La convergencia plena de los objetivos de los europeos, por supuesto, no se alcanzará enseguida, pero nadie ha de olvidar que se viene de lejos.

Una diversidad legendaria

En efecto, aparte de pertenecer al mismo continente e independientemente de que casi cada uno haya sido el país más rico del mundo en algún momento de la historia, los doce países de la Comunidad no tienen mucho en común. Su diversidad, casi legendaria, prohíbe toda comparación exhaustiva. Nos limitaremos aquí a varios indicadores macroeconómicos.

Se puede, por ejemplo, clasificar los países según el poder de compra de sus ingresos o, de forma que se considerará aquí como equivalente, según el volumen de su producción (PIB). Sabemos, por supuesto, que algunos países son más pobres que los otros. ¿Pero se sabe que el grupo de los ocho países más "ricos" es una vez y media más rico que el grupo de los cuatro más "pobres" (Portugal, Grecia, Irlanda, España)? ¿Se sabe que en el grupo de los "ricos" Luxemburgo y Dinamarca van por delante de Alemania y de Francia (cuya renta por habitante es bastante similar)? Después vienen Holanda, el Reino Unido, Italia y Bélgica.

Como sea que la población de los países "pobres" crece un poco más deprisa que la de los países "ricos", incluso el mantenimiento de las diferencias actuales por lo que a riqueza por persona se refiere requeriría una diferencia de crecimiento anual del PIB del 0'3 por ciento a favor de los países "pobres". Para que resultaran eliminadas las diferencias de riqueza entre los países de aquí a 25 años sería necesario que el crecimiento anual de los "pobres" fuera superior en 1'5 puntos al de los "ricos". Esto no es imposible si se observa la evolución reciente de España y Portugal: el crecimiento de su PIB ha sido desde 1985 netamente superior al de los "ricos", acercándose, en promedio, al 4%, frente al 2/2'5 por cien. Correlativamente, la inflación continúa siendo bastante más elevada en España y Portugal que en los países "ricos".

Se piensa a veces que tal diversidad supone un elemento dinamizador para Europa, en la medida en que los menos buenos se benefician del efecto "locomotora" del mejor, es decir, de

Alemania., ¿Pero puede este país ser considerado el "mejor"? Desde luego, el pueblo alemán tiene unas cualidades que todo el mundo le reconoce, y, por supuesto, su horror a la inflación ha contribuido a la desinflación francesa, en los últimos años. Sin embargo, si el problema fundamental de la vieja Europa es su deseo de un crecimiento mayor que el que es capaz de generar, la imitación de Alemania no puede ser una solución. El aparato productivo alemán, en efecto, no es "mejor" que el de los otros grandes países europeos: desde hace 20 años, el PIB de la República Federal, es decir, su renta, no aumenta más rápidamente que el de sus vecinos.

La única diferencia entre la República Federal y los otros países es que aquella gasta menos de lo que gana, mientras que los otros gastan más. Es así cómo Alemania genera excedentes y los otros déficits.

Las locomotoras meridionales

La virtud alemana reside en la capacidad del país para contentarse con lo que tiene. Adquirir esta virtud supondría la solución de nuestros problemas de comercio exterior, aunque no nuestros problemas de empleo. En realidad, si Europa necesita países "locomotora" este papel estará mejor representado por los países "pobres" (España y Portugal). Su demografía, más dinámica que la de los países "ricos", es ya un factor positivo.

Recordemos que la continuación de la fecundidad actual en la República Federal conducirá en el año 2025 -incluso en ausencia de progresos notables de la medicina- a una proporción de personas de más de 65 años superior al 25%. La proporción de las personas de avanzada edad será entonces el doble de la de los jóvenes, cuando era cuatro veces inferior en 1950.

Las necesidades de crecimiento de los países "pobres" para alcanzar el nivel de vida de sus vecinos proporcionarán nuevas salidas a nuestras exportaciones. Por otra parte, su mano de obra, todavía menos remunerada, asegura a los capitales invertidos en ellos unos rendimientos más elevados que los que ob-

tienen en los países "ricos".

La salida de capitales de los países europeos hacia España y Portugal deberá permitir a las empresas la obtención de beneficios que les ayudarán a hacer frente a la competencia internacional. Desde hace unos años, Francia ha orientado sus inversiones extranjeras hacia España. En 1987, las inversiones francesas en este país han sido cinco veces superiores a las realizadas en la República Federal, país poco abierto, es verdad, a las inversiones extranjeras.

Se suele insistir poco en este aspecto de las cosas, el cual, por lo demás, es difícil de cuantificar. Se alude más a menudo a los efectos positivos de la ampliación del mercado, de la internacionalización de las compras estatales, de la liberalización de los sistemas financieros... Tales efectos deberían reflejarse en reducciones de los costes, lo que a su vez se traduciría en una mayor inversión, en mayores beneficios, etc. Por otra parte, las mejoras de la productividad en Europa permitirían ganar cuota de mercado en el mundo. En definitiva, el gran mercado europeo debería situar a las empresas en una mejor posición para incrementar su capacidad de respuesta ante la demanda.

La gran cuestión es saber si el crecimiento suplementario así conseguido permitirá curar la enfermedad de Europa (excluida Alemania), que es su déficit exterior endémico. Desde el punto de vista contable no habría problema: los excedentes alemanes compensarían los déficits de los demás. Por otro lado, la mejora de la oferta europea, a la que se acaba de aludir, debería permitir satisfacer una mayor demanda de Europa.

La "ejemplar" Alemania, sin embargo, ¿aceptará consumir menos que sus vecinos cuando sus esfuerzos serán utilizados, no para acumular excedentes y para contener su propia inflación, sino para compensar los déficits originados por los otros países europeos? Probablemente le será difícil mantener su ejemplaridad si ve que los otros países consumen más que ella y si tiene que soportar una inflación por la que siente horror.

No obstante, lo esencial de lo que Europa aportará a sus

habitantes vendrá tal vez del exterior. La CEE será el mercado más numeroso del mundo industrializado (320 millones de habitantes), frente a los Estados Unidos (245 millones) y a Japón (120). Será una zona predilecta para las inversiones no europeas, en especial japonesas y norteamericanas, que compensarán las huidas necesarias del ahorro europeo hacia los mercados exteriores en los que Europa se ha especializado y que contribuirán a reorientar su producción hacia la electrónica.

Todo esto permitirá mejorar su especialización, cuyas insuficiencias explican en lo esencial sus problemas de crecimiento. La recuperación de una parte razonable de este mercado innovador sería excesiva, sin duda, para las fuerzas de Europa sola, incluso unida. Pero esto ha de ser posible si se ve ayudada por las inversiones japonesas y norteamericanas que resultarán atraídas por el gran mercado que se está creando.

En resumen, los resortes más poderosos de la economía europea residen probablemente -aparte de las economías de escala en sus países más pobres, y también en sus competidores más activos, que se verán atraídos hacia acá. Así actuarán dos fuerzas paradójicas. Todo se necesitará para contribuir a la consolidación de este conjunto, cuyas particularidades históricas y humanas no desaparecerán fácilmente ante argumentos oportunistas, ni siquiera ante las necesidades económicas.
